

PARA MANTENER LA IDENTIDAD PROFESIONAL

En el contexto de los cambios que se han producido en los últimos años en el sistema de educación superior chileno, se ha triplicado el número de Escuelas de Trabajo Social en el país. Tanto en nuevas Universidades como en Institutos Profesionales, se han creado estas Escuelas que están empezando a aportar más trabajadores sociales a la sociedad. Esta realidad, que cambia radicalmente el panorama de la formación profesional en Chile, ha sido analizada recientemente por el Colegio de Asistentes Sociales.

Parece importante, en este momento, aportar a la reflexión sobre los desafíos que nos plantea la formación profesional en esta coyuntura histórica. Esto supone, desde mi punto de vista, partir considerando la posición en la que se ubica nuestra intervención profesional.

Estamos en la intersección de o lo menos dos sistemas gruesos: el de las personas, grupos y comunidades con que trabajamos en la vida cotidiana, y el mundo de la política social, sea privada o pública.

Este contacto directo con los beneficiarios permite a la profesión tener acceso a una cantidad enorme de información acerca de conductas, motivaciones, valores y percepciones sobre variados contenidos de su clientela a nivel micro-social. Ese conocimiento incluye, desde luego, las reacciones de los usuarios frente a la política.

Así el Trabajo Social conoce de una variedad de comportamientos que son ignorados por los planificadores. No es extraño escuchar a los asistentes sociales «quejarse» con los usuarios acerca de las

medidas de la política social. El Trabajo Social, en general, sabe cuál es el destino o los destinos que éstos les dan a los beneficios, los que muchas veces distan de los propósitos de los planificadores. Y esta información es la que nos permite tener antecedentes para influir en la política social.

Está claro que las zonas de intersección son zonas de gran tensión, en cuyo espacio se abren los conflictos y concurren los problemas. Esas son las condiciones estructurales de nuestro trabajo; con eso contamos.

Sin embargo, no podemos obviar el hecho de que ésta es una posición de poder, y que éste será efectivo sólo si nuestra disciplina se consolida, si podemos empezar a dar cuenta con rigurosidad de lo que vemos que pasa, si podemos nombrar, denominar los hechos y nuestras propias intervenciones. Creemos que éste es un camino que contribuye a definir nuestra identidad.

Esta identidad debe definirse en relación al cambio, porque nos encontramos en un momento de la historia en que se está produciendo un gran cambio cultural.

Más desafiante es aún la realidad para nosotros en nuestro país, donde debemos dar cuenta de asincronías tan marcadas, coexistiendo sectores de un alto standard de vida y mayorías en situación de pobreza.

Sin embargo, esta pobreza se asienta sobre estas nuevas realidades y adquiere un rostro también nuevo que no nos puede confundir. Hoy, para millones, la pobreza es con radio, televisor, video,

con acceso a ver al hombre en el espacio, los estilos y modos de vida de lugares remotos, contactados al instante con lejanos desastres naturales o más cercanos conflictos sociales y políticos.

¿Cómo enfrentar estos desafíos, si el desafío de construir la propia identidad no está resuelto?

A mi juicio, nuestro camino y nuestras fortalezas están en nuestra propia práctica. Una mirada abierta, desprejuiciada y amorosa al quehacer que los trabajadores sociales desempeñamos en cualquier ámbito, nos devolverá una imagen que debiera estar muy cercana a nuestra identidad.

Y todo esto debe reflejarse y plasmarse en la formación profesional.

Necesitamos formar trabajadores sociales con sólidas herramientas científicas que incluyan diferentes cuerpos teóricos, distintas metodologías, variados estilos de hacer y aprender, pues es con y en tal diversidad donde deberán actuar.

Necesitamos profesionales creativos y audaces para imaginar nuevas formas de aprender y de hacer.

Necesitamos trabajadores sociales de sólida con-

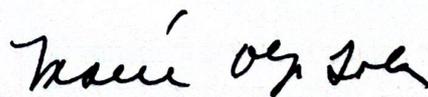
vicción humanista, que entiendan los derechos humanos como fundamento ético de su acción.

Necesitamos trabajadores sociales que, definiendo desde sí mismos su identidad, trabajen y faciliten el desarrollo de la identidad de otros.

Necesitamos profesionales que, desde el propio aprendizaje, valoren el trabajo colectivo de equipos y grupos, ensayando en la experiencia de su formación las prácticas democráticas que deberían promover en los diversos contextos, desde lo micro a lo macro.

Si necesitamos formar estos trabajadores sociales, es vital que contemos con docentes de mirada amplia, que junto con poseer y exigir la más alta rigurosidad intelectual, estimulen la libertad de espíritu tan necesaria al desarrollo de la creatividad; docentes que promuevan, desde las experiencias de aprendizaje, la integración de la reflexión y de la acción; docentes que, en la interacción del proceso formador, se vean a sí mismos ensayando las mismas exigencias, actitudes y habilidades que conforman la imagen del trabajador social que nuestra época requiere.

Este es el desafío y la tarea que todas las Escuelas de Trabajo Social del país debemos asumir.



MARIA OLGA SOLAR SILVA
DIRECTORA